

## Patologías del criterio (por Óscar Barroso Fernández)

La impotencia para encontrar criterios mínimos constituye uno de los síntomas más clarividentes de la enfermedad de nuestros tiempos. El criterio puede ser definido como una norma para conocer la verdad de algo. Tener criterio exige tener la capacidad de juzgar (κρινειν), de establecer normas desde las que poder proceder a una demarcación mínima entre lo verdadero y lo falso; también, entre lo bueno y lo malo, lo correcto y lo incorrecto, etc. Desde esta perspectiva, un criterio patológico es aquel en el que la capacidad de juzgar no funciona de una manera adecuada. Y la primera y más radical razón por la que esto ocurre está en que lo real, en el sentido más radical del término, no ha quedado debidamente actualizado en la inteligencia.

No se trata aquí de la verdad en el sentido de lo opuesto a lo falso o lo erróneo, sino de algo previo; un ámbito sólo dentro del cual son a su vez posibles la verdad y el error; una verdad radical que acompaña y es fundamental para imprimir el grado de certeza a cualquier otra verdad alcanzada por nuestra mente. A esto es a lo que Zubiri llama “verdad real”.

Entre los distintos caracteres de la verdad real hay uno que es especialmente interesante desde un punto de vista existencial; aquel que hemos heredado de la noción hebrea de verdad, entendida como confianza, como apertura al futuro y realización histórica. Gracias a la verdad real tenemos la vivencia de que vivimos en un mundo firme, seguro. Al respecto, Zubiri escribe:

“aquello que nos es presente en el acto intelectual, es aquello en lo cual podemos tener un punto de apoyo, y una cierta seguridad, por efímera que sea [...] Es amigo verdadero, aquél en quien yo puedo fiar, en quien puedo tener confianza y seguridad. Es una piedra verdadera, aquella que si me apoyo en ella, no se me derrumba, etc... Es la dimensión de confianza o de seguridad de la cosa”<sup>1</sup>.

Respecto al “bien”, filosóficamente, el objeto propio de la voluntad tendente es también dual: el bien y el mal. Pero, de nuevo, tal dualidad sólo es posible en un sentir basal y radical la realidad como *bien*. Esta cosa o aquella otra concretas, podrán ser buenas o malas, pero lo que ha de tener un sentido radical de bondad, si de nuevo la vida ha de poder ser vivida, es la realidad misma en tanto que fuente que permite mis apropiaciones concretas, mi realización efectiva. Para aquella persona que haya dejado de sentir tal capacidad fontanal de la realidad, sencillamente, la vida ha dejado de tener sentido.

Si la verdad y el bien son condiciones de posibilidad de una vida digna, consecuentemente, su empobrecimiento, incluso desvanecimiento, puede conducir a una vida indigna, inferior a la calidad del ser humano en tanto que ser humano.

Cuando se pierde el *Bien*, se vive la forma más extrema de *desmoralización*. Zubiri señaló que un ser humano está desmoralizado cuando “no se apropia las posibilidades que podría apropiarse, que tendría que apropiarse, o que quisiera apropiarse”, y que al darse tal situación, dicho ser humano “se encuentra como aplastado y retrotraído a su pura condición natural”<sup>2</sup>.

La desmoralización radical no afecta a esta o aquella posibilidad concreta, sino a la realidad misma como fuente de posibilidad y apropiación. En tal caso, sencillamente, el ser humano se encuentra en un estado de alienación, al no serle accesible algo que constitutivamente le caracteriza: la apropiación de posibilidades.

La pérdida del asentamiento en la realidad puede ser vista también desde la corrosión del trascendental *Verdad*. En tal caso, lo que perdemos es nuestro propio punto de apoyo, nuestra morada. Esta es, sin duda, la fuente más radical de las posibles patologías del criterio. La vida se convierte entonces en algo *inseguro*.

<sup>1</sup> X. Zubiri, *El hombre y la verdad*, Alianza Madrid, 1999, p. 36.

<sup>2</sup> X. Zubiri, *Sobre el hombre*, Alianza, Madrid, 1986, p. 144.

En la pérdida de la verdad real, de la seguridad que proporciona la realidad en que estamos instalados, encontramos la fuente más radical de la alienación de la existencia humana. Priva al sentimiento y a la voluntad de la realidad, con lo que se ven necesaria y respectivamente avocados a la intemperie y la desmoralización.

El sociólogo Zygmunt Bauman es uno de los especialistas que más a fondo a estudiado esta cuestión. A su juicio, el concepto clave para entenderla es *Unsicherheit*, que indica tanto incertidumbre, como ausencia de protección y precariedad: “Es un sentimiento de inestabilidad, de que no existe un punto fijo en el que situar la confianza”<sup>3</sup>. En la “modernidad líquida” todo cambia sin que sepamos cuál es la fuerza motriz de tales cambios. La metáfora es muy pertinente, porque “lo fluido es una sustancia que no puede mantener su forma a lo largo del tiempo”<sup>4</sup>.

Vicente Sanfélix se refiere a una especie de “hiperfobia”<sup>5</sup>; una demanda de seguridad desmedida, e incluso irracional, por parte de los ciudadanos. La inseguridad vivida existencialmente es ampliada por los medios de comunicación y su capacidad para condicionar nuestra percepción de los fenómenos. Como Sanfélix ve, la coinstantaneidad de acontecimiento y noticia aumenta por distensión la complejidad del momento presente. Pero lo cierto es que el presente es hoy en sí mismo lo suficiente complejo como para desbordar toda certidumbre. Y si como el propio Sanfélix entiende, lo que se encuentra a la base del miedo es la incertidumbre, nuestro mundo es un poderoso creador de incertidumbre, no ya respecto de este o aquel problema concreto, sino a nivel existencial.

Safranski también ha insistido en la lógica de los medios de comunicación para explicar tal miedo. A su juicio, en el mundo global se da una descompensación absoluta entre acción y estímulos: el conjunto de estímulos e informaciones sobrepasa de forma terrible el posible círculo de acción<sup>6</sup>.

En tal situación, en la que el miedo desempeña el papel de “pasión dominante”, el hombre occidental demanda erráticamente nuevas seguridades: nuevas fronteras que mantengan a raya a los inmigrantes (sin llegar a comprender lo absurdo de tal petición en un mundo deslocalizado) y que eviten los peligros del terrorismo (sin comprender ni hacer nada por acabar con las razones reales que lo sustentan). Si tal seguridad exige que caigamos en comportamientos inhumanos, incluida la tortura o el bombardeo de civiles, el pequeño hombre cierra los ojos, para defender a renglón seguido sus hipócritas y caducos ideales democráticos.

Para Todorov, el problema es que “el miedo a los bárbaros es lo que amenaza con convertirnos en bárbaros”<sup>7</sup>. A mi juicio, tal concepto, aplicado a los seres humanos que hoy caminan asustadizos por occidente resulta incluso nostálgico. La barbarie exige un fondo de humanidad, de seguridad, que tales individuos han perdido. Su capacidad de destrucción no es bárbara, tiene, antes bien, la forma de una maquinaria perfectamente racional en sus medios pero absolutamente ciega en sus fines. El dogmatismo ciego del bárbaro no es identificable con el nihilismo destructivo del “ciudadano” de occidente.

No deja de ser cierto que, en tal situación, intentamos reconstruir nuestro campo de realidad, nuestras creencias. Pero sin verdades reales en que apoyarlo, ni ideas ni ideales con que perfeccionarlas, tal campo adquiere el aspecto de un barrizal que impide una estabilidad mínima. Como de nuevo escribe Bauman: “esa confianza huérfana busca desesperadamente un refugio seguro en el que anclar... y no puede

---

<sup>3</sup> Z. Bauman, *Múltiples culturas, una sola humanidad*, Katz, Buenos Aires, 2008. p. 43.

<sup>4</sup> *Ibíd.* p. 42.

<sup>5</sup> V. Sanfélix, “Terror y globalización”, en R. Ávila, E. Ruiz y J.M. Castillo (eds.), *Miradas a los otros. Dioses, culturas y civilizaciones*, Arena, Madrid, 2011. p. 223.

<sup>6</sup> Safranski, *¿Cuánta globalización podemos soportar?*, Tusquets, Barcelona, 2004 (orig. 2003), pp. 76 y ss.

<sup>7</sup> Todorov, *El miedo a los bárbaros*, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, Barcelona, 2008, p. 17.

hallar ninguno”<sup>8</sup>. O, como afirma Sloterdijk, cuando la vida se basa sólo en el dinero, sólo los perdedores necesitan naturalezas firmes<sup>9</sup>.

Fijémonos que la patología de la verdad es ahora de forma rigurosa patología del criterio, en tanto que ausencia de juicio, de discernimiento, a causa del derrumbamiento de las creencias. Las proclamas que reivindican, sobre todo desde la derecha política, las identidades colectivas en Occidente resultan a todos los efectos irrisorias. A veces se les acusa de dogmáticas, pero en realidad no pueden serlo, porque al no haber verdad arraigada, no puede haber dogma estable. En lo único en que se parece al verdadero dogmatismo es en sus resultados: la reivindicación defensiva y feroz de una presunta identidad originaria.

El dogmatismo sólo es posible cuando las verdades arraigantes básicas son absolutizadas; cuando las creencias propias se confunden con las ideas universales; o cuando estas mismas ideas son concebidas como el único camino viable para experimentar la realidad. Obviamente, aún cuando a veces pretenda pasar por tal, el ciudadano occidental normalizado está incapacitado para el dogmatismo: su tipo de nihilismo es el que le impide ser dogmático.

Nietzsche distinguía entre dos formas de nihilismo reactivo: la que hemos analizado aquí como constitutiva del hombre occidental, el nihilismo del último hombre<sup>10</sup>; y la que niega el único mundo real desde un presunto mundo verdadero, el “egipticismo”<sup>11</sup>. Hoy ambos nihilismos, a los que podríamos denominar respectivamente *nihilismo neurasténico*<sup>12</sup> y *nihilismo fanático*, se encuentran dramáticamente enfrentados. Desde un punto de vista bastante simplista son etiquetados bajo la expresión “conflicto entre civilizaciones”.

---

<sup>8</sup> Z. Bauman, *Múltiples culturas, una sola humanidad*, p. 16.

<sup>9</sup> P. Sloterdijk, op. cit., p. 249.

<sup>10</sup> Cf. F. Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*, Alianza, Madrid, 1972 (orig. 1886).

<sup>11</sup> F. Nietzsche, *Crepúsculo de los ídolos*, Alianza, Madrid, 1973 (orig. 1888), p. 45.

<sup>12</sup> En psiquiatría, la neurastenia es un tipo de neurosis, caracterizada por una gran sensación de cansancio, de agotamiento, de debilidad, ante el más mínimo esfuerzo físico o intelectual. Se acompaña de tristeza, abatimiento, temor...